

cristianos; y en vuestros corazones, ardientes como vuestras arenas, germinarán virtudes que, con la felicidad de la eternidad, os daran también á conocer la felicidad del tiempo, las luces, la libertad, la civilización verdadera.

CAPÍTULO VII.

Historia de la Familia en Egipto.

Continuando nuestro viaje al rededor de África llegamos á Egipto. El estudio de ese país nos presenta hoy un doble interés. De una parte, él nos muestra el deplorable estado de la sociedad doméstica en los pueblos que han dejado de ser cristianos; de otra, la impotencia absoluta del hombre para hacerles cambiar de condición. Sabemos ya cuál era en esa tierra de los Faraones, antigua madre de las ciencias y de las artes, el estado de la familia antes del Cristianismo. Como Grecia é Italia, sacado de la barbarie moral por el Evangelio, el Egipto fue una de las partes más florecientes de la Iglesia. Sus desiertos para siempre célebres fueron habitados por largo tiempo por millares de Santos. En torno esos Ángeles revestidos de un cuerpo mortal, irradiaron grandes luces y virtudes. Con la educación religiosa creció rápidamente la civilización moral y material. Bajo los Césares cristianos el reino de los Ptolomeos fue acaso el más feliz, la más perfecta provincia del imperio romano. Llegó el día de la decadencia. La herejía produjo el odio á la fe, y preparó la ruina de cuanto da y sostiene la fe. Bajo la vengadora cimitarra de Omar, el Egipto, justamente castigado, recayó en la barbarie. En ella yacía aun hace menos de medio siglo. Hé aquí, para instrucción de pueblos ingratos, el fiel, pero triste cuadro, de esta barbarie tal como el Mahometanismo la ha hecho: — El fellah egipcio presentaba en silencio su espalda al palo del vencedor. Nacido en la baja, acostumbrado á la servidumbre, nada conocía de lo que hace la felicidad de los hombres de Europa. Pan grosero de maíz, legumbres flojas, carne de animales enfermos, pescado podrido, componían su alimento ordinario. Su habitación hacia horror; sus hijos yacían mezclados con los perros, los camellos y otros animales. Los cadáveres de

los animales se echaban en torno las habitaciones donde el árabe resignado pasaba tristemente sus horas de reposo. Ignoraba hasta las palabras de ciencias y artes. Observador sobrado fiel de las estúpidas leyes del Alcoran, no comprendía cómo otros hombres podían vivir en la monogamia, y guardar á sus compañeras esas consideraciones y deferencias que caracterizan la sociedad europea constituida sobre la moral evangélica. Enfermedades contagiosas sobrevenían periódicamente. En medio de estas calamidades la inmóvil fisonomía del fellah no cambiaba. «Así lo quiere Dios, decía con fría indiferencia; ¡hágase su voluntad!» Vegetaba sobre inmundicias; y, muerto, se le deponía junto á su primera morada, en una tierra imperfectamente cubierta. Cuando vivo, recibía los pútridos miasmas de los cadáveres de sus semejantes; por sus restos que abandonaba á un suelo húmedo, contribuía á su vez á hacer insalubres y funestos los lugares donde había pasado su miserable existencia.

Una aldea árabe presentaba el aspecto de una cloaca. Cerca de cementerios arruinados había huesos y carne corrompida de animales muertos, que se disputaban los perros hambrientos y errantes. Servil, astuto, aduador con sus superiores, el árabe era indolente, orgulloso, arrogante y caprichoso con sus inferiores. El pueblo carecía de instrucción. Y sobre esa población ignorante, pobre, embrutecida, y entregada á todas las fatales influencias del clima, del vicio, del desorden y del fatalismo, estaba la casta victoriosa pesando con todo su peso sobre los vencidos, no reinando sino por la violencia, no creyéndose creada sino para repartir palos, enemiga de todo progreso social, y perpetuando sobre ese suelo, tan rico en otro tiempo en ciencias, instituciones, y bienestar, una abrumadora inmovilidad.

Tal era la situación material y moral del habitante del antiguo Egipto, cuando Mehemet-Alí obtuvo el gobierno de esa provincia y emprendió regenerarla¹.

Aquí todo exige la más seria atención: vamos á presenciar el espectáculo más instructivo que se ha dado á nuestro siglo. Hé

¹ Análisis de la obra del Dr. Hamont, titulada: *L'Égypte sous Méhémet-Ali*: París, 1843. Por M. H. Denain.—Esta obra, que no parece escrita por una pluma católica, tiene cierta *crudeza* de detalles que deben hacerla leer con precaución.

aquí un hombre que emprende la regeneracion de un pueblo sin el auxilio del Cristianismo. Si lo consigue, la tesis que sostenemos en esta obra es perdida: queda probado que el Cristianismo no tiene el privilegio exclusivo de salvar las naciones. Si fracasa, menester será convenir en que ni la fuerza brutal, ni la riqueza, ni las ciencias, ni las artes, ni ningun esfuerzo puramente humano, pueden arrancar á un pueblo de su profundo abatimiento, ni de su nulidad moral. No quedará otro recurso á los que tal niegan, que callar, ó reconocer que solo la palabra evangélica puede devolver á una nacion fatigada su fuerza vital. En el hecho que nos ocupa se hallan reunidos todos los medios humanos: nada se ha omitido: la solucion del problema es decisiva.

Al frente de la empresa está un príncipe activo, jóven, de concepcion viva, de superior inteligencia, confesando sin pena su inferioridad respecto de los europeos. Habiendo visto de cerca las ventajas de la táctica y de la disciplina de los países cristianos, lleno de respeto y admiracion por vuestras ciencias, el nuevo Pachá concibe el proyecto de implantar en la comarca que acaba de conquistar, las instituciones que deben inmortalizar el nombre del príncipe, y colocar á su pueblo en el rango de los países civilizados. Mehemet-Alí no pierde el tiempo. Llama en su ayuda las naciones de Europa. Francia, sobre todo, envia á su protegido hombres de especialidades diversas, con cuyo auxilio la nacion regenerada deberá elevarse rápidamente, á imitacion de sus abuelos, y entrar en las vias de la civilizacion. Arrancado á viva fuerza de su súa morada el felláh egipcio, y convertido en soldado, toma el arma que se le presenta á nombre de su nuevo soberano. No há mucho temblaba aun bajo el látigo turco; ahora que viste el uniforme y se instruye en el arte de la guerra, terrible en el campo de batalla, será él quien haga temblar á su enemigo.

La creacion de una imponente marina sigue de cerca á la del ejército. Constrúyense bellas fragatas, y van á posesionarse del mar, hasta que hallen su ruina en la batalla de Navarino. Formanse numerosas escuelas de medicina, agricultura, ciencias, y aplicaciones de todo género. Se ponen en movimiento talleres, fábricas, y máquinas de toda clase, dirigidas, ya por indígenas, ya por extranjeros, que han secundado el impulso de la nueva revolucion. En fin, se envian jóvenes al extranjero á instruirse en

las lenguas, ciencias y artes de Europa, á fin de que un dia puedan proseguir por sí mismos esa obra de regeneracion.

Los entusiastas lanzaron un grito de admiracion cuando vieron al afortunado Macedonio que reinaba en Egipto, emprender con ardor juvenil las vias del progreso social. Mas de un legislador, mas de un filósofo impío aplaudieron en el fondo de su corazon; y los jefes y discípulos de la religion sansimoniana que prestaban un activo concurso á la regeneracion egipcia, lanzando el insulto á la frente del Catolicismo, debieron hacer resonar los ecos de las Pirámides con esas triunfantes palabras, que repetian de continuo en los salones de París: «Teníamos razon: el siglo XIX no necesita la religion cristiana; para regenerar los pueblos basta la «ciencia»¹.»

Veamos los resultados de esa empresa, en la que tan imaginarias ó impías esperanzas se habian fundado.

Un hombre, que para valernos de sus palabras, habia sido llamado por el Virey para llevar tambien su piedra á la reconstruccion del edificio social de Egipto, ha derramado recientemente gran luz sobre este asunto. Tiene tanto mas derecho á ser escuchado, cuanto que no es ni un *turista*, ni un viajero ordinario. Extraños estos á las costumbres de los naturales, ignorando el lenguaje de los indígenas, pasando rápidamente por los campos y ciudades bañadas por el Nilo, repitiendo unos tras otros palabras de convencion, ó de admiracion facticia, no pueden conocer bien el país de que hablan. Mr. Hamont ha vivido catorce años en Egipto, y siempre empleado en el Gobierno. Ha estado en relaciones con turcos y árabes, y directamente con el Virey; ha formado parte del Consejo de instruccion pública, ha fundado una escuela de medicina-veterinaria. Comisionado frecuentemente á las provincias, ha visto al árabe sobre el terreno y lo ha observado en sus trabajos. Colocado en el teatro de los acontecimientos, ha presenciado la parte que unos y otros han tomado en ellos, y ha estudiado la obediencia de grupos de hombres diversos, cuya religion, carácter y costumbres difieren totalmente.

Vese, pues, que nadie se ha hallado en mejor posicion para fijar nuestra opinion sobre cuanto ocurre en ese país desde mas de

¹ *L'Égypte sous Méhémet-Ali*: por el Dr. Hamon; París, 1843; obra mal analizada por M. H. Denain.

medio siglo. Hombre de fe y libre de todo compromiso, el autor nos dice que proclamará con la misma independencia el bien y el mal que esa empresa ha producido.

Apresurémonos á decirlo, las revelaciones de Mr. Hamont parten el alma. Nos enseña que léjos de haberse verificado la metamorfosis esperada, está aun por realizarse, ya que el mal no se haya agravado. La nacion no existe; Egipto presenta por todas partes desolacion y miseria. Mehemet-Alí es solo un ambicioso egoista que todo lo sacrifica al logro de sus deseos. Ha creado un ejército y una marina: se ha ponderado la fuerza de esas instituciones. Pero cuando se ha levantado la tempestad, ha bastado un soplo para derribarlo; y la Europa se ha asombrado de la facilidad con que un puñado de soldados suyos ha rechazado en las riberas del Nilo los restos de la escuadra y del ejército egipcio.

Examinad el fellah: ¿es acaso mas feliz? ¿ha adquirido mayor bienestar y libertad? ¿está mejor alimentado? ¿es menos maltratado por los delegados del Pachá? Nada de esto. Jefe supremo ante el cual todo se dobla, el Virey ha creado un monopolio odioso que abraza todo el Egipto como con una red. Se ha hecho el único propietario, el único comerciante. Bajo el imperio de ese monopolio el labrador no es libre de sembrar lo que le place: el Gobierno designa con anticipacion para todo el Egipto la clase de semillas, y se reparten entre los habitantes las tierras cultivables de una aldea. El Pachá se las da en arriendo, y percibe sobre cada medida de tierra una suma que varia segun la cualidad del terreno. El trigo, el algodón, el índigo, el arroz, etc., son trasladados á los almacenes del Gobierno, y el Virey da en cambio algunas monedas de plata, que la codicia de la administracion disputa y sisa al pobre labrador. Déjase entender, que el jefe del Gobierno vende siempre esos artículos á un precio bastante alto para poder mantener sus harems y pagar su ejército.

¿Qué sucede con esto? Ha desaparecido la emulacion. Como el fellah no cultiva para él ni para su familia, no tiene ni celo, ni inteligencia. ¡Que, sin embargo, no irrite á su dueño con su lentitud ó resistencia! moriría bajo el látigo del turco que le vigila. Es el árabe, y solo el árabe, quien, bien que musulman como su señor, paga el ejército, la marina, las nuevas instituciones, los médicos que no le cuidan, los sábios cuya voz es infecunda, los

artesanos que no trabajan, y el tirano cuyo látigo le persigue hasta en su hedionda cabaña. Nada se deja al infortunado; se le quita hasta su último pedazo de pan. Sobre él pesan todas las levass; sobre él recaen todas las vejaciones; trabaja para los otros, puebla los talleres; abre los canales, sirve toda su vida en el ejército, porque el Gobierno no ha determinado aun el tiempo del servicio militar; y es, en fin, diezmado por el hambre, las enfermedades y la peste, calamidades contra las cuales la autoridad no sabe tomar precaucion alguna.

Preguntamos ahora: ¿es á esto á lo que se llama regenerar un pueblo? ¿Progresa al menos el fellah en su parte intelectual ó moral? ¿Qué ha sido de las escuelas fundadas? Se ha organizado en torno suyo una poderosa conspiracion contra el progreso de la ilustracion, que paraliza la marcha de esos establecimientos. Se mata á disgustos á los profesores y directores extranjeros; se calumnian sus intentos, se les suscitan mil dificultades, para obligarles á dejar el puesto. Los alumnos se rebelan, y solo escuchan las lecciones con apática indiferencia. Los jóvenes turcos que han ido á estudiar al extranjero, solo han llevado á su país una fatuidad orgullosa y algunos conocimientos superficiales. Como no estaban preparados para esa alta educacion, solo ha podido dejar en su inteligencia débiles huellas, que se borran con prontitud. Por lo demás, celosos de los extranjeros que han intentado civilizar su país, y se han dedicado á una mejora social que habia seducido su noble ambicion, son los que mas pesadumbres les causan, y con mayor afan trabajan para obligarles á abandonar sus puestos. Han dejado de ser turcos, y no son franceses, ingleses, ni austriacos.

No hablaremos del ejército ni de la marina egipcia. Nadie ignora que estos dos baluartes del poder de Mehemet-Alí, á los que habia dedicado todos sus cuidados, han sido destruidos en pocos meses: habia organizado fuerzas inmensas para la conquista: el torrente ha entrado humildemente en su lecho. Falta saber qué número de hombres han costado esos veinte años de carniceria. Cuando el Virey obtuvo el gobierno de Egipto, esa comarca contaba dos millones quinientas mil almas. Hoy cuenta solo un millon quinientos mil habitantes. ¿Hablan bastante alto los hechos?

Emprendida la civilizacion de Egipto sin el concurso del Cristianismo y con el solo auxilio de la fuerza, de la riqueza, de las

ciencias, de las artes, y de cuantos recursos dispone el genio del hombre, puede reasumirse en pocas palabras: Un pachá voluptuoso, cruel, codicioso, que solo sueña en un engrandecimiento personal ó dinástico; un monopolio destructor; nada de propiedad, sin la cual no hay familia, ni por consiguiente nacion; una administracion tan codiciosa como ignorante, tan intrigante como bárbara; suplicios que horrorizan, prodigados con espantoso lujo; una miseria que acaba con una cuarta parte de la poblacion y presenta solo caras pálidas y flacas; en los hombres un profundo hastío de la vida; en las mujeres del pueblo hedionda prostitucion; en las clases superiores degradante poligamia; civilizacion bastarda, aconsejada con el látigo ó impuesta con el palo; todos los tormentos de la conscripcion y de la leva; en una palabra, todos los irritantes abusos de la mas pesada tirania. Estas acusaciones son graves; pero vienen de un hombre que ha visto funcionar por espacio de diez años las ruedas de la funesta máquina, llamada despotismo. La consecuencia que se desprende de la obra de Mr. Hamont, consecuencia que dista mucho quizás de las opiniones y principios del autor, es, que un pueblo no entra en la vida social sino por el principio religioso.

Esta conclusion se hace mas evidente aun si, apartando vuestras miradas de Egipto, las dirigis á los lejanos países de la Oceania. Al mismo tiempo que la ciencia europea, secundando á Mehemet-Alí, enviaba sus numerosos misioneros para regenerar el Egipto, el Catolicismo hacia partir de la misma ciudad algunos pobres sacerdotes. Los primeros marchaban ricos, alegres, llenos de confianza en sí propios, abundantemente provistos de todos los recursos humanos; los segundos daban un eterno adios á su patria, y se encaminaban hácia la playa, á pié, con el baston en la mano, y ricos solo en fe y esperanza en Dios. Los primeros iban á un pueblo llamados por su soberano, cuya proteccion, benevolencia y favores les estaban asegurados: los segundos se preparaban á penetrar en regiones incógnitas, cuyos reyes no solo no les llamaban, sino que debian rechazarles, perseguirles, é inmolarles. Los primeros tenian que tratar con un pueblo bárbaro; los segundos con antropófagos. Los primeros, ayudados por todo el poder de la fuerza y del genio, han fracasado; los segundos, á pesar de los esfuerzos de los hombres y del infierno, han triunfa-

do, y triunfado prontamente, triunfado maravillosamente, triunfado pacíficamente; y su obra se mantiene, se robustece, y admira á la Europa.

Lo preguntamos de nuevo á todo hombre que tiene ojos para ver: ¿qué deducir de este doble hecho simultáneamente verificado, sino que un pueblo no entra en la vida social mas que por el Cristianismo; que si el Señor no construye el edificio, en vano trabajarán los que traten de levantarlo; que vanos é impotentes son todos los hombres faltos de la ciencia de Dios; que el Catolicismo está tan vivo hoy como en otro tiempo; que solo en él reside hoy aun la palabra de vida; que solo él realiza el milagro tantas veces verificado desde diez y ocho siglos de convertir las piedras en verdaderos hijos de Abraham? Pueblos de Europa, hijos ingratos y presuntuosos, medita: no es sin motivo que la Providencia ha puesto ante vuestros ojos el espectáculo de la experiencia hecha en Egipto.

CAPÍTULO VIII.

Historia de la Familia en Asia. — Indias.

La razon humana, cualquiera que sea su desarrollo, no basta para arrancar á los pueblos de la degradacion, consecuencia inevitable de la idolatría. Esta es una verdad que atestiguan la confesion de los filósofos y la experiencia universal, cuyo cuadro presenta esta obra. Pertenece solo al Cristianismo la gloria de rehabilitar la sociedad civil y la doméstica. Y sin embargo hay en el Cristianismo sectas que se creen llamadas á regenerar las naciones. Al frente de esos pretendidos regeneradores marcha el pueblo inglés. Sus misioneros cubren el globo, y cuestan cada año inmensas sumas. ¿A qué conducen tantas palabras y tantas biblias?

Los predicadores ingleses ponderan sobre todo las ventajas que han alcanzado en las islas del mar del Sur, en O'Taiti y Sandwick. Para reducir las á su justo valor, basta oír las narraciones de navegantes y hombres no sospechosos que han visitado esas islas. «Es verdaderamente sensible, dice el capitán Barrow, inglés y «protestante, que no se hayan escogido medios mejores para convertir á esos habitantes. No se puede reflexionar sin dolor en lo